

CAPITULO LII.

LA CREDULIDAD MATERNA.

—Vamos, ya se acabó todo —decía el día siguiente la marquesa á su hijo, conmovida al verle llorar por las muchas reflexiones que en aquel momento acababa de dirigirle afeando su conducta.

—¡Siempre me estás riñendo! —repuso entre sollozos Enrique.

—Lo hago por tu bien, hijo mio; quiero que seas un hombre de provecho. ¿Crees que tu papá oprobria tu proceder?

—¿Pues qué hago yo?

—No hablemos mas de lo pasado.... Solo el pensar en ello me llena de afliccion. Parece imposible que te goces en darme qué sentir. Yo espero que no olvidarás cuanto acabo de decirte, y que de hoy en adelante procurarás tenerme contenta ¿no es verdad?

—Sí, señora.

—Muy bien, hijo mio, todo te lo perdono con tal de que no olvides mis consejos, y los sigas en lo sucesivo. ¿Quieres que te dé ahora un poco de leccion de piano?

Los lectores de las antecedentes épocas de **MARÍA**, saben ya que una de las bellas artes en cuyo cultivo habia hecho **María** mayores progresos era la música.

El canto en que tanto sobresalia, tenialo abandonado con motivo de sus continuas aflicciones, que naturalmente habian desmejorado aquella voz fresca y sonora, con que en su lozana juventud entusiasmaba siempre al auditorio en los brillantes conciertos de la corte.

No sucedia así con el piano, al cual conservaba la mayor aficcion, y solia acudir á sus melodiosos sonidos para mitigar sus pesares, no porque fuera posible disiparlos con las gratas cadencias de la música, sino porque convertian su amargo dolor en cierta emocion melancólica que no carecia de dulzura.

Hábil como el mas diestro profesor, hallaba placer en enseñar ella misma á sus hijos.

Isabel estaba en el comienzo; pero ya se desarrollaba en ella la aficcion y el gusto de una manera superior á su edad.

Enrique aprendia fácilmente sus lecciones; pero estudiaba poco, y esto contenia los progresos que de otro modo hubiera hecho indudablemente.

Cuando la marquesa le preguntó si queria tomar leccion, respondió con tristeza:

—Siento un dolor de cabeza....

—¿Te duele la cabeza? —preguntó con sobresalto su madre. —

—¿Quieres acostarte, hijo mio?

Y llevó la palma de su mano á la frente de **Enrique**.

—No, mamá... Si me diera un poco el aire... ¿Permites que baje al jardín?

—Sí, hijo mio, pero ponte el sombrero.

—¿Por qué?

—Porque te sentirás peor sino llevas la cabeza abrigada. Puedes ponerte el de paja que es mas ligero, y como tiene las alas anchas es mejor para que no te incomode el sol.

—Voy por él, y me bajo al jardín.

Y se iba corriendo como si escapara de un martirio.

—¿Sin abrazar á tu mamá?—le dijo la marquesa.

Enrique retrocedió lanzándose al cuello de su madre que le estrechó en sus brazos y le colmó de besos.

—¿Se ha de preparar la carretela, señorita?—preguntó apareciendo Tomás cuando ya estaba sola.—Hace rato que venia á hacer á usted esta pregunta; pero he oido desde la antesala que estaba usted sermoneando con bastante severidad al señorito, y como esto, que tanta falta le hace, suele acontecer raras veces, no he querido interrumpir el coloquio.

—Has hecho bien.

—¿Y con respecto á la carretela?

—No la necesito. Tú ya cuidarás de llevar el acostumbrado socorro á las familias necesitadas. Estamos á principios de marzo, y esas pobres gentes pueden verse en apuro. La jóven tullida sigue mejor, y no es ya preciso, por mucho que á ella le agrade, que vaya á visitarla todos los dias. Tambien Enrique vá bien provisto para atender á los necesitados.

—Dios quiera que no haga mal uso de esas monedas.

—¿Qué malicioso eres, Tomás! ¿En qué ha de gastar la pobre criatura el dinero?

—¡Apuradamente no hay tentaciones en Zaragoza! El dinero en poder de mozalvetes casquivanos, jamás puede traer buenas consecuencias.

—¿En qué concepto tienes á mi inocente Enrique?

—Muy inocente en gracia de Dios; y á la madrugada se retira de los bailes... y hace en ellos travesuras...

—Travesuras de niño.

—Como fumar.... beber.... jugar... bromear con las muchachas...

—Con todo eso... tiene buena indole, un corazon escelente... es sumamente dócil.... y sobre todo muy pundonoroso y sentido. Con estas circunstancias no puede ser malo.

—Ni lo seria, sino le mimase usted demasiado, ni le diera tanta libertad y tanto dinero.

—Quiero que se acostumbre á ser dadivoso. A él le sobran las riquezas y ¡hay tantos infelices que viven de la caridad agena! Me consta que es muy caritativo, y como buena madre me toca aplaudir y fomentar esta noble inclinacion. En cuanto á lo de anoche, ha sido todo una niñada, que estoy cierta no repetirá. Luego tú de nada te haces cargo. ¿Qué tiene de particular que cometa un jóven sin reflexion algun deslíz propio de sus pocos años? ¿Y en una noche de carnaval, en que hasta las personas mas formales pierden su gravedad? Confiesa, Tomás, que eres demasiado severo al juzgar á mi Enrique.

Una visita inesperada interrumpió esta conversacion. Bajo el dintel de la puerta estaba el gallardo jóven don Julian de Linares. Haciendo una elegante inclinacion, con el sombrero en la mano preguntó muy humildemente:

—¿Incomodo, marquesa?

— ¡Oh don Julian! de ninguna manera. Un amigo jamás incomoda.

— A veces hay ocupaciones domésticas...

— Aun cuando así fuese... usted es de la casa.

El negro Tomás se retira.

La marquesa se sienta en un sofá y hace signo á don Julian para que se siente á su lado, lo cual verifica con aire de candorosa bondad el recién-llegado.

— ¿Y Enrique, ha descansado ya? — preguntó don Julian.

— Tengo que reprender á usted severamente acerca de la conducta de Enrique.

— ¿Pues cómo así, señora?

— Ayer... ó mejor dicho, hoy, esta madrugada á las tres aun no habia vuelto del baile.

— Ya me temia yo que estaria usted con cuidado; pero como al cabo tenia su licencia de usted, y le veia tan alegre y divertido, walsando y polcando...

— Y fumando, y bebiendo, y jugando...

— ¿Quién le ha dicho á usted eso?

— Él mismo, que se me presentó en un estado lastimoso. Yo me figuraba que nada habia que temer por mi hijo cuando le confiaba al celo del señor de Linares.

— Me deja usted absorto con lo que me dice. Le aseguro á usted que no ví en él nada que pudiera disgustarme. Se portó muy bien toda la noche, muy atento con las damas, muy fino y obsequioso, sin dejar nunca esa candorosa timidez que tan bien sienta á un jóven bien educado. Pero ya me figuro de qué dimana la novedad que usted me anuncia y que verdaderamente me deja petrificado. Al terminarse el baile estaban algunos jóvenes bebiendo

Champagne y nos presentaron unas copas... que no debiamos despreciar; ni pude yo imaginarme que esto llegase á trastornar la cabeza de mi amiguito. Beberia alguna copa mas de lo que la prudencia reclamaba. Yo ya le dije: cuidado con el *Champagne*, Enrique, que pasa muy suave por la garganta y luego fermenta interiormente. Pero quién habia de pensar que... Además, esto ocurrió cuando ya no quedaban mas que algunos jóvenes, pues aseguro á usted que mientras el salon estuvo en plena concurrencia, se portó Enrique de una manera tan digna, que llamaba la atencion de todos, tanto por su hermosura como por su elegancia, su juicioso aspecto y sus distinguidos modales. Todos los caballeros mas notables, todas las damas del buen tono se deshacian en elogios de Enrique, elogios que he creido prudente ocultarle para no envanecerle.

— Pero creo no tendrá usted inconveniente en envanecer á su madre. ¿Qué decian de Enrique?

— Que era un jóven encantador, tan hermoso, tan elegante y fino como su padre, y tan virtuoso, tan benéfico, tan caritativo como su madre... y ¿qué se yo?... allí empezó á contar cada cual alguno de los actos de beneficencia que prodiga Enrique á los desvalidos, y á cada rasgo generoso que se relataba, todos repetian enternecidos: como su mamá... lo mismo que su mamá... y las jóvenes mas bellas ansiaban que las sacase á bailar, y sus madres se envanecian de ver bailar á sus hijas con el jóven mas apuesto y amable de aquella inmensa reunion... Pero... ¿llora usted, marquesa?

— Disimule usted esta debilidad al corazon de una madre — respondió la marquesa enjugándose los ojos.

— Son lágrimas de satisfaccion; bien se le puede dar á usted la

enhorabuena. Verdaderamente su hijo de usted es un ángel. Yo le quiero como si fuera hermano mio. ¿Y dónde está ahora? Tengo unos deseos de abrazarle...

— Está en el jardín... Le duele un poco la cabeza y ha bajado á distraerse.

— No vaya á ponerse peor.

— ¿Cree usted que puede empeorar?

— Dicen que el sol de marzo es muy traidor.

— Es verdad.

— Y sería sensible que...

— ¡Dios mio!

— Pero es de presumir que no será nada.

— Así lo espero. De todos modos voy á mandar que suba.

— Iré yo por él.

— ¡Válgame Dios! ¿qué tendrá ese chico?

— Nada, marquesa, nada.

— ¿Lo cree usted así?

— No hay motivo para alarmarse.

— ¡Como es tan delicado!...

— Eso se le pasa dando un pequeño paseo. Voy con el permiso de usted en su busca para llevármele á dar una vuelta por parages de sombra.

— Estará cansado de anoche.

— No lo crea usted... á su edad no es cosa que canse el baile; pero si usted halla algun inconveniente en que venga conmigo...

— No digo eso... acaba usted de asegurarme que le quiere como si fuera su hermano.

— Si viera usted lo vanidoso que voy yo al lado suyo...

— Entonces ¿con quién puede ir Enrique mejor acompañado?

— Gracias por el buen concepto que merezco á usted, marquesa, y estoy seguro de corresponder á él dignamente. Voy, voy pues al jardín. A los piés de usted.

Inclinóse la marquesa con donosa urbanidad, y don Julian desapareció precipitadamente.

El jóven Enrique era tan precoz como violento en sus pasiones; pero su inesperienza le hacia siempre víctima de las asechanzas de falsos amigos que solo le adulaban para explotarle.

La escena de libertinaje que vamos á referir, es otra de las consecuencias de la fragilidad maternal.

¡Ojalá sirva de aviso á las madres que por su amor exagerado labran su desdicha y la perdicion de sus hijos!

